

LA PERCEPCIÓN DE LA REALIDAD SOCIAL Y SU INCIDENCIA EN LOS PROCESOS DE INCLUSIÓN DE LAS PERSONAS EN SITUACIÓN DE POBREZA EXTREMA Y EXCLUSIÓN SOCIAL.

José Juan Vázquez

Área de Psicología Social

Universidad de Alcalá (España)

La lucha contra la pobreza extrema y la exclusión social supone una obligación prioritaria e ineludible de cualquier sociedad, independientemente de su nivel de desarrollo económico y social. La persistencia de personas en situación de pobreza extrema y exclusión social -carentes de recursos materiales que les permitan satisfacer sus necesidades más básicas y sin la posibilidad de acceder a las oportunidades vitales que definen una ciudadanía social- es una preocupante realidad que, con mayor o menor intensidad, afecta a todas las sociedades. Esta cuestión, que dista mucho de estar resuelta en los estados desarrollados, resulta especialmente preocupante en los estados en desarrollo, donde la precariedad que padecen quienes se encuentran en situación de pobreza y exclusión resulta especialmente agravada.

Las situaciones de pobreza y exclusión suelen encontrarse asociadas a circunstancias sociales complejas, multicausales y, en gran medida, ambiguas. Interpretar estas cuestiones no resulta sencillo, si bien los seres humanos tendemos a creer poder hacerlo con facilidad, prácticamente de forma “automática”, lo que induce a la comisión de errores, muchas veces con potenciales implicaciones negativas para quienes padecen estas circunstancias.

Las investigaciones centradas en las “actitudes” muestran la existencia de correlaciones positivas entre variables cognitivas (ej. esquemas cognitivos, estereotipos, meta-estereotipos, atribuciones causales...), emociones (ej. miedo, desconfianza, indefensión...) y conductas (ej. aislamiento, discriminación, rechazo...) (Breckler, 1984; Vázquez, 2012; Zanna y Rempel, 1988). Esquemas cognitivos, atribuciones, estereotipos o meta-estereotipos parecen funcionar como cogniciones que, por sus características, pueden incidir de forma muy relevante en los procesos de inclusión de los colectivos más desfavorecidos.

Tanto entre diferentes grupos como entre los individuos en el seno de un mismo grupo pueden darse procesos de atribución causal diferentes, y mantenerse estereotipos y meta-estereotipos heterogéneos, por lo que resulta relevante profundizar en el conocimiento de las diferencias individuales en el procesamiento de la información social. Así, por ejemplo, se ha

observado que entre las personas de ideología conservadora se produce una especial acentuación de determinados sesgos cognitivos que se manifiestan, entre otros aspectos, en una tendencia a subestimar el efecto de los contextos sociales y a sobreestimar el esfuerzo individual como elemento esencial en el progreso personal, poniendo la clave de la posición social en las características disposicionales de los actores (Vázquez y Panadero, 2007, 2009a, 2009b). La creencia de que “*quien se esfuerza y lucha consigue salir adelante*” implica subyacentemente que “*quien no triunfa*” es, generalmente, por no haberse esforzado suficientemente. Sin embargo, la realidad desmiente sistemáticamente este tipo de afirmaciones, habiéndose constatado que el mejor predictor del nivel socioeconómico de un individuo al llegar a la edad adulta es el nivel socioeconómico de su familia de origen (Kerbo, 2003; Vázquez y Panadero, en prensa).

El contexto social y cultural influye fuertemente la forma de procesar la realidad social y, a su vez, la forma en que se procesa la realidad social por la población condiciona la estructura social. Dado que la forma en que se procesa la realidad social puede ser modulada, romper el “círculo vicioso” y transformarlo en un “círculo virtuoso” se convierte en una necesidad esencial en la lucha contra la pobreza extrema y la exclusión social. En este sentido, conviene tener presente que la ciudadanía puede mostrar diferente grado de movilización y apoyo a determinadas políticas públicas en función de las atribuciones de causalidad y de los estereotipos existentes sobre el colectivo hacia el que estas políticas se encuentran orientadas (Panadero y Vázquez, 2012). Además, como señalan Kurzban y Leary (2001), las personas presentan una fuerte tendencia a evitar a quienes se encuentran en situación de exclusión, circunstancia fuertemente vinculada a la forma en que se procesa la información social relativa a estas situaciones. Asimismo, cuando estereotipos y sesgos atributivos afectan a quienes deben diseñar las políticas de lucha contra la exclusión o a quienes trabajan directamente con colectivos en situación de dificultad social, las emociones y comportamientos pueden verse condicionados, incidiendo en el diseño de dichas políticas públicas y en las características de los programas de intervención propuestos (Pellegrini, Queirolo, Monarrez y Valenzuela, 1997, Vázquez, 2003).

Por otro lado, entre las personas que se encuentran en situación de pobreza extrema y exclusión social, el mantenimiento de determinados esquemas, estereotipos, meta-estereotipos o procesos atributivos –junto a los sesgos vinculados a estos procesos cognitivos- puede tener una relevante incidencia en sus procesos de inclusión, es decir, en sus posibilidades de participación igualitaria en las distintas dimensiones sociales (económica, legal, política, cultural, etc.) (Vázquez, en prensa, Vázquez, Panadero y Zúñiga, en prensa).

Lamentablemente, la literatura científica ha prestado escasa atención a las cuestiones relativas a los procesos de cognición social relacionados con situaciones de pobreza o exclusión. El presente texto busca reflexionar sobre distintos aspectos relativos a la forma en que se procesa la información social vinculada a situaciones de pobreza extrema o exclusión social, y sobre su incidencia en los procesos de inclusión de las personas que se encuentran en estas circunstancias. Las reflexiones se apoyan principalmente en los datos obtenidos en diferentes investigaciones dirigidas por el autor en España y Nicaragua. Una información detallada sobre dichas investigaciones puede consultarse en la bibliografía recogida en el apartado Referencias.

Nicaragua y España son dos países que, aun compartiendo una lengua común, presentan importantes diferencias económicas (ej. en renta per cápita), sociales (ej. en el desarrollo de sus sistemas de protección social) y culturales (ej. la sociedad nicaragüense, más colectivista, favorece en mayor medida la pertenencia a pocos grupos, el compromiso del individuo con su grupo, la armonía y la cohesión grupal). Analizar aspectos relativos a la cognición social, y su relación con situaciones de pobreza o exclusión en dos contextos tan diversos, pese a las dificultades que presenta, puede facilitar la realización de comparaciones que permitan constatar la existencia de similitudes y diferencias en el procesamiento de la información social.

1. Pseudoherencia de la pobreza, fatalismo y sucesos vitales estresantes.

Como se ha señalado en el apartado anterior, el mejor predictor del nivel socioeconómico de un individuo al llegar a la edad adulta es el nivel socioeconómico de su familia de origen (Kerbo, 2003; Vázquez y Panadero, en prensa). Esta circunstancia resulta especialmente agravada entre las personas que nacen en contextos de pobreza extrema y exclusión social, quienes presentan una importante tendencia a la cronificación en su situación y una propensión a que esta situación se transmita de generación en generación, dando lugar a un proceso pseudohereditario de la pobreza y la exclusión.

De forma general, los hijos de quienes conforman los grupos sociales más pudientes, al llegar a la edad adulta se encuadrarán en los niveles socioeconómicos más elevados, en tanto que los hijos de los menos favorecidos, con una gran probabilidad ocuparán en su madurez los estratos sociales más humildes. En los contextos sociales donde existe un crecimiento económico sostenido tiende a producirse un efecto de movilidad social ascendente, por lo que esta circunstancia resulta algo más tolerable. Pero en contextos con un crecimiento estancado, o que padecen situaciones de crisis o recesión económica prolongadas, se hace patente la rigidez y las dificultades a enfrentar para ascender socioeconómicamente, lo

que condena a los hijos de los más humildes a futuras situaciones de pobreza (Vázquez y Panadero, en prensa).

Martín-Baró (1973) acuñó el término “fatalismo”, para hacer referencia a un esquema cognitivo caracterizado por la aceptación pasiva y sumisa de un destino irremediable, tras el que se encuentra la fuerza de la naturaleza o la voluntad de algún Dios. El “fatalismo” ha sido considerado un marco fundamental en el estudio de los procesos psicológicos, dado que, en opinión de Martín-Baró (1998), pone de manifiesto una peculiar relación de sentido que establecen las personas consigo mismas y con los hechos de su existencia, que es la fuente de las representaciones, creencias y actitudes que el sujeto construye sobre sí mismo y sobre los acontecimientos que lo rodean. El “fatalismo” resulta especialmente acentuado en la denominada “cultura de la pobreza” (Martín-Baró, 1987), donde en opinión de Lewis (1969) se produce una adaptación de los pobres a su posición marginal en una sociedad estratificada socioeconómicamente, lo que permite a las personas pobres manejar los sentimientos de impotencia y desesperación que se desarrollan ante la comprobación de que es improbable tener éxito siguiendo los valores y fines de la sociedad.

Distintos trabajos realizados en Nicaragua con recolectores de basura -un colectivo en situación de extrema pobreza y exclusión social- (Vázquez, Higuera y Cuadra, 2009; Vázquez, Panadero, Berríos y Martín, 2012; Vázquez, Panadero y Martín, 2012) indican que en León (Nicaragua) la totalidad de quienes viven de la basura procedían de familias pobres o extremadamente pobres y habían permanecido en situación de pobreza a lo largo de toda su vida. Estos datos muestran que entre los recolectores de basura existe tanto una acentuada cronificación en su situación como un proceso pseudohereditario de la pobreza extrema y la exclusión social, que se transmiten de padres a hijos, de generación en generación (Vázquez y Panadero, en prensa). En España, se ha observado que las personas sin hogar padecieron durante su infancia y adolescencia en un elevado porcentaje problemas económicos importantes y situaciones de paro prolongado de algún miembro de su familia (Panadero y Vázquez, 2012), cuestiones ambas muy relacionadas con situaciones de pobreza en el contexto español. Estos ejemplos refuerzan la idea constatada por Kerbo (2003) de que el mejor predictor del nivel socioeconómico de una persona en su vida adulta es el nivel socioeconómico de su familia de origen, y aportan argumentos para combatir la idea tan arraigada en algunos contextos sociales de que el progreso personal deriva fundamentalmente del esfuerzo individual, y no de factores sociales estructurales que parecen condenar a la exclusión a quienes, sin responsabilidad alguna, nacieron en contextos sociales deprimidos.

Las personas en situación de pobreza y exclusión social, además, se ven especialmente afectadas por el padecimiento de sucesos vitales estresantes, es decir, por experiencias que

juegan un papel clave en la vida de quienes las padecen, que frecuentemente implican cambios significativos y que pueden afectar de forma negativa a las capacidades psicológicas y a la salud. La mayor parte de los sucesos vitales estresantes padecidos por las personas en situación de pobreza o exclusión social, aunque escapan a su control, parecen afectar de una forma directa a sus posibilidades de movilidad social ascendente. Estas personas no solo padecen una mayor cantidad de sucesos vitales estresantes que la población general (Vázquez, Panadero y Martín, en prensa; Vázquez, Panadero y Rincón, 2006, 2007, 2010), sino que además padecen sucesos cualitativamente de mayor gravedad y los padecen de una forma mucho más precoz, aconteciéndoles en gran medida durante la infancia y adolescencia (Muñoz, Vázquez, Bermejo y Vázquez, 1999). En este sentido, cabe señalar que el padecimiento de experiencias adversas en la infancia ha sido señalado como un importante factor de riesgo de encontrarse en una situación de exclusión social en la edad adulta (Koegel, Melamid y Burnam, 1995; Stein, Leslie y Nyamathi, 2002).

Las explicaciones sobre cómo influyen los sucesos vitales estresantes padecidos durante la infancia y adolescencia en la exclusión social han sido muy diversas, y van desde la posibilidad de que estos problemas conlleven dificultades en la adquisición de habilidades que permitan posteriormente establecer relaciones estables, hasta la existencia de problemas emocionales asociados a estos acontecimientos que impidan el mantenimiento de unas adecuadas redes sociales en la edad adulta (Whitfield, 1998). Algunos autores han propuesto también que esta relación podría estar mediada por el apoyo insuficiente que prestan las familias, es decir, las historias familiares adversas podrían limitar la capacidad de recibir apoyo que proteja en situaciones de crisis. Además, no se puede olvidar que la acumulación de sucesos vitales estresantes en la infancia aumenta el riesgo de padecer trastornos mentales como depresión y abuso de sustancias, los cuales también suponen factores de riesgo para padecer situaciones de pobreza extrema o exclusión social.

La investigación realizada durante las últimas décadas ha resaltado cómo los sucesos estresantes, especialmente los relacionados con las crisis económicas o laborales, las pérdidas o rupturas de relaciones sociales y los procesos de victimización en distintos momentos vitales suponen un elemento de gran relevancia en la explicación de la génesis y mantenimiento de muchas personas en situaciones de exclusión social (Muñoz, Panadero, Pérez y Quiroga, 2005; Muñoz *et al.*, 1999; Muñoz, Vázquez y Vázquez, 1998, 2003, 2004). Además, pobreza extrema y exclusión social son situaciones de gran vulnerabilidad, en las que resulta bastante frecuente verse afectado por sucesos vitales estresantes, como se desprende de los trabajos desarrollados con personas sin hogar en España o recolectores de basura en Nicaragua. En ambos casos, se constata una relación directa entre el nivel de

pobreza y la cantidad y gravedad de los sucesos vitales estresantes padecidos a lo largo de la vida (Vázquez y Panadero, en prensa; Panadero y Vázquez, 2012). El padecimiento de un elevado número de sucesos vitales estresantes, además, se encuentra asociado a una mayor cronificación en situaciones de pobreza extrema y exclusión (Panadero y Vázquez, 2012; Vázquez *et al.*, 2012). Por todo ello, resulta especialmente relevante el desarrollo de un sistema de protección social que ampare a quienes se ven obligados a afrontar un elevado número de sucesos vitales estresantes, de gran intensidad y desde los primeros años de vida.

Lamentablemente, un aspecto apenas abordado en los trabajos sobre exclusión social ha sido el estudio de la incidencia de los sucesos vitales estresantes en los procesos de cognición social. A modo de ejemplo, se ha observado entre las personas sin hogar en Madrid que quienes habían sufrido más sucesos vitales estresantes, tanto durante la infancia y adolescencia como en la vida adulta, tendían a realizar más atribuciones causales externas de la situación sin hogar, es decir, tendían a atribuir las razones de la situación de sin hogar a causas ajenas al propio individuo (Panadero y Vázquez, 2012). Así, el padecimiento de un elevado número de sucesos vitales estresantes podría encontrarse asociado al desarrollo de sentimientos de indefensión y a la acentuación del “fatalismo” característico de la “cultura de la pobreza” (Martín-Baró, 1987), lo que podría incidir negativamente en los procesos de inclusión de quienes se encuentran en situación de pobreza extrema y exclusión social.

2. Estereotipos, meta-estereotipos y estigma.

El término “estigma” se utilizaba en la Grecia clásica, donde se marcaba la piel de criminales, esclavos y traidores con cortes y quemaduras para identificarlos como personas contaminadas o inmorales, que debían ser evitadas (Goffman, 1963). En la actualidad, estigma no hace referencia a marcas físicas, sino a atributos que dan lugar a rechazo social, que puede manifestarse en aversión a la interacción, evitación, descrédito, deshumanización, despersonalización... La estigmatización se produce en las interacciones sociales, por lo que el estigma no reside en la persona sino en el contexto social (Hebl y Dovidio, 2005), de forma que lo que resulta estigmatizante en un contexto social puede no serlo en otro.

Kurzban y Leary (2001) señalan la existencia de una fuerte tendencia a evitar a quienes se encuentran en situación de exclusión social. La conducta social hacia determinados grupos –especialmente hacia aquellos estigmatizados y en situación de exclusión social- se encuentra fuertemente mediada por los estereotipos, muy vinculados a conductas de discriminación (Greenwald y Banaji, 1995). En el caso de las personas que se sustentan de la basura en Nicaragua (Vázquez y Panadero, en prensa) o de las personas sin hogar en Brasil (Moura, Ximenes y Sarriera, 2013), Argentina (Lenta, 2013), Puerto Rico (Nina, Ostolaza y

Rodríguez, 2013) o España (Panadero y Vázquez, 2012), los estereotipos presentan características sustancialmente negativas, lo que incide en actitudes negativas hacia estas personas, cuestión que dificulta de forma notable sus procesos de inclusión social (Mallet et al., 2003).

El origen de la estigmatización se encuentra en las representaciones cognitivas que los perceptores tienen de quienes poseen determinadas características, representaciones que pueden dar lugar a reacciones emocionales y comportamientos negativos. Y, la conciencia por parte de las personas de la existencia de un estigma social, puede dar lugar al autoestigma. Estigma y autoestigma presenta componentes cognitivos, afectivos y conductuales (Mak y Cheung, 2008), que operan tanto implícita como explícitamente. Entre los componentes cognitivos de estigma y autoestigma destacan, por su relevancia, los estereotipos y meta-estereotipos.

El término meta-estereotipo hace referencia a las creencias que los miembros de un grupo tienen sobre los estereotipos que un exogrupo les asigna (Vorauer, Main y O'Connell, 1998). Esta cuestión resulta especialmente relevante dada la tendencia en las personas a evitar el contacto con miembros de otros grupos cuando creen que estos no desean mantener contacto con ellos (Shelton y Richeson, 2005), cuestión que da lugar a la realización en ambos grupos de atribuciones diferentes sobre las causas por las que los miembros del exogrupo no desean comenzar dichos contactos. En general, el miedo y la ansiedad sobre como esperan ser tratados hacen que las personas en situación de pobreza extrema y exclusión social eviten el contacto con terceras personas, lo que incide negativamente en sus procesos de inclusión.

Tanto las personas sin hogar en España como los recolectores de basura en Nicaragua se encuentran fuertemente estigmatizados. Entre los recolectores de basura, el contenido del estigma que padecen es especialmente negativo (Vázquez, 2013), y ello a pesar de que estas personas desarrollan una actividad socialmente útil, económicamente productiva y ambientalmente beneficiosa: facilitan materiales a bajo coste a diferentes industrias, evitan que los residuos incrementen el tamaño de los basureros, reducen la contaminación ambiental al evitar que gran cantidad de productos plásticos sean quemados, etc. Los recolectores, por el fuerte estigma que sufren, presentan dificultades para relacionarse con el resto de la población, habiendo generado un cierto estilo de vida que les diferencia de ésta, con conductas desaprobadas socialmente, lo que incide en la acentuación y perpetuación del estigma que padecen (Vázquez, en prensa).

Tanto los recolectores de basura en Nicaragua (Vázquez *et al.*, 2012) como las personas sin hogar en España (Muñoz *et al.*, 2003; Panadero y Vázquez, 2012) son conscientes de encontrarse socialmente estigmatizados. En ambos grupos el meta-estereotipo tiende a

presentar un carácter desfavorable si bien, en ocasiones, indulgente. Un meta-estereotipo indulgente describiría una imagen ambivalente, que aunque presenta características negativas, parece hacerlo en un tono afectivo positivo, desde una mirada condescendiente, que considera a las personas víctimas de las circunstancias y las percibe afectadas por la situación en que se encuentran (Panadero y Vázquez, 2012). El meta-estereotipo de ambos colectivos presenta un alto grado de uniformidad, indicativo de un elevado consenso respecto a los atributos que les son asignados por la población general.

El alto grado de uniformidad del meta-estereotipo, con atributos poco favorables – aunque en cierta medida indulgentes- que manejan los recolectores y las personas sin hogar, podría estar incidiendo en la forma en que perciben a terceras personas, pudiendo cumplir una importante función como determinante del contacto con la población general, ya que la experiencia de sentirse estereotipado negativamente afecta la percepción social y a las reacciones afectivas hacia el exogrupo, pudiendo contribuir a la evitación del contacto o, en caso de que esta evitación no sea posible, a reacciones hostiles hacia el exogrupo. Además, los atributos del meta-estereotipo poco favorables y uniformes podrían estar influyendo en la imagen que los recolectores y las personas sin hogar tienen del propio endogrupo y, por tanto, en las posibilidades de modificar su situación, ya que el meta-estereotipo puede influir fuertemente en como los miembros del endogrupo se autodefinen.

La tendencia existente entre las personas en situación de exclusión social a evitar el contacto con miembros de otros grupos cuando creen que estos no desean mantener contacto con ellos, da lugar a que los miembros de los grupos excluidos y la población general realicen atribuciones diferentes sobre las causas por las que los miembros del exogrupo no desean comenzar dichos contactos. Entre las personas en situación de exclusión social, el miedo y la ansiedad sobre como esperan ser tratados puede incidir en que eviten el contacto mientras, por parte de la población general, las atribuciones sobre el comportamiento de aislamiento puede incidir en una exacerbación del estigma. A su vez, la ausencia de contacto entre los grupos incide en un incremento de la atribución de peligrosidad al exogrupo, incidiendo negativamente en el estereotipo y meta-estereotipo que afecta al grupo estigmatizado.

De esta forma, el estigma y auto-estigma que afecta a los colectivos en situación de pobreza extrema y exclusión social parecen influir negativamente en la falta de oportunidades que padecen. Esta falta de oportunidades incide en unas circunstancias vitales especialmente duras, cronificando en su situación a la mayor parte de personas afectadas y, en muchas ocasiones, “condenando” a las subsiguientes generaciones a la pobreza y exclusión social padecida por sus padres.

3. Atribuciones causales, pobreza y exclusión social

La atribución de causalidad consiste esencialmente en la realización de inferencias sobre las causas de las conductas de los demás y de la propia conducta (Moya y Expósito, 2007). No se trata de las causas reales de la conducta, sino de las que las personas creen o imaginan que pueden encontrarse en la base de un determinado comportamiento o situación. Pero las atribuciones causales que se realizan sobre una determinada cuestión se encuentran fuertemente vinculadas a las estrategias consideradas eficaces para hacer frente a la misma (Panadero y Vázquez, 2008; Vázquez et al., en prensa). Así, el análisis de los procesos atributivos permite conocer distintos elementos que impulsan la conducta, independientemente del ajuste a la realidad de las atribuciones realizadas.

La realización de atribuciones causales facilita encontrar explicación a situaciones disfuncionales, ya que se tiende a pensar que un suceso queda explicado satisfactoriamente cuando se cree haber descubierto por qué ha ocurrido. Sin embargo, considerando los limitados recursos cognitivos de los seres humanos, en no pocas ocasiones se carece de la motivación o la capacidad necesaria para analizar con detenimiento el evento hasta encontrar la explicación adecuada al mismo, por lo que se tiende a realizar inferencias, extrayendo conclusiones a partir de una información limitada, generalmente insuficiente. A ello se añade que en los contextos sociales no suele existir una explicación única de las situaciones disfuncionales, sino múltiples combinaciones de posibilidades que interaccionan entre sí.

Las atribuciones sobre las causas de la pobreza reflejan actitudes que pueden dirigir las conductas a nivel tanto individual como grupal e institucional. A nivel individual, la teoría atribucional de Weiner (Weiner, 1986) fundamenta la motivación de logro en las consecuencias cognitivas y emocionales de la atribución causal realizada sobre los resultados previos obtenidos, de forma que las características de la atribución causal y las consecuencias psicológicas experimentadas influyen en el estado motivacional de la persona y, por tanto, determinan su conducta futura de logro. Este efecto puede tener importantes implicaciones en el proceso de inclusión de las personas en situación de dificultad o exclusión social dado que, en función de las atribuciones causales realizadas sobre la propia situación, serán diferentes las estrategias que se considerara conveniente desarrollar para intentar paliar o revertir la misma. Asimismo, entre la población general, las atribuciones realizadas sobre las causas de la pobreza pueden influir tanto en las interacciones con quienes se encuentran en situación de dificultad o exclusión social (Bullock, 1999; Cozzarelli, Wilkinson y Tagler, 2001) como en el diseño e implementación de políticas de lucha contra la pobreza y la exclusión, o en el apoyo que reciben dichas políticas (Reutter, Harrison y Tagler, 2002; Bullock, Willians y Limbert, 2003).

El sesgo conocido como “diferencias actor-observador” consiste en que de un mismo hecho, actores y observadores tienden a dar explicaciones diferentes, observándose una tendencia en los observadores a atribuir las causas del propio comportamiento principalmente a factores de carácter externo o situacional, mientras un mismo comportamiento de los actores se tiende a atribuir en mayor medida a sus características personales o factores disposicionales (Jones y Nisbett, 1971; Nisbett y Ross, 1980). La literatura científica recoge la tendencia de los observadores a sobre-atribuir las causas de la pobreza a características disposicionales de las personas que se encuentran en esta situación, e infra-atribuir la incidencia causal en la situación de pobreza de cuestiones ajenas al control de quienes la padecen, como la desigual distribución de la riqueza o la coyuntura del mercado laboral. El efecto opuesto tiende a observarse entre los actores (Campbell, Carr y Maclachlan, 2001; Panadero y Vázquez, 2008; Vázquez, Panadero y Pascual, 2010). En general, los errores de atribución predisponen a responsabilizar de la pobreza a los pobres, en vez de a situaciones que se encuentran más allá de su control (Cozzarelli *et al.*, 2001; Feagin, 1972; Vázquez y Panadero, 2007, 2009a, 2009b). Este efecto puede tener importantes implicaciones en el proceso de inclusión de las personas en situación de pobreza extrema y exclusión social dado que, en función de las atribuciones causales realizadas por los actores sobre su situación, las estrategias que desarrollarán para intentar paliar o revertir esta serán diferentes, variando en este sentido su eficacia.

Distintos autores (Campbell *et al.*, 2001; Feather, 1974; Furnham, 1982; Mickelson y Hazlett, 2014; Vázquez y Panadero, 2009a, 2009b) han señalado que las personas de nivel socioeconómico medio y las pertenecientes a los grupos sociales con mayor capacidad de renta, mayor nivel educativo y menores posibilidades de verse afectados directamente por la pobreza, utilizan en sus explicaciones causales de la pobreza una mayor cantidad de atribuciones a causas personales que a factores sociales de carácter estructural, observándose el efecto contrario entre quienes se encuentran en situación de pobreza o se enfrentan a la posibilidad de verse afectados por esta. Asimismo, como se señalaba con anterioridad, las personas de ideología conservadora atribuyen las causas de la pobreza y la exclusión social en mayor medida a factores disposicionales del actor que a circunstancias sociales ajenas al control de este (Vázquez y Panadero, 2007, 2009a, 2009b).

En España, las atribuciones realizadas sobre las principales causas de la situación sin hogar hacen referencia principalmente a factores individuales (atribuyendo responsabilidad de su situación a las propias personas sin hogar) y a la fatalidad (atribuyendo la situación sin hogar a factores que se encuentran fuera del control de las personas que la padecen y no son responsabilidad de la sociedad), siendo pocas las atribuciones a causas sociales de carácter

estructural (que responsabilizan de la situación sin hogar a fuerzas externas a las personas que la padecen), y ello incluso en contextos de crisis y recesión económica. Esta tendencia en la realización de determinadas atribuciones sobre la situación sin hogar también se observa entre las propias personas sin hogar, quienes presentan una especial tendencia a explicar las causas de esta situación principalmente a partir de factores disposicionales de quien la padece, incluso cuando hacen referencia a su propia situación. Así pues, el sesgo “diferencias actor-observador” parece no producirse en lo relativo a las atribuciones causales de la situación sin hogar en España, pues las personas sin hogar se auto-atribuyen mayor responsabilidad de su situación que la que les atribuyen quienes no presentan riesgo de llegar a encontrarse sin hogar (Vázquez et al., en prensa). Las personas en situación de pobreza, con riesgo de encontrarse sin hogar y que comparten servicios de atención con personas sin hogar realizan atribuciones causales de la situación sin hogar similares a las de las propias personas sin hogar. En este caso, el contacto directo con personas en situación sin hogar puede ayudar a explicar las atribuciones causales a factores disposicionales realizadas por las personas en situación de riesgo, que podrían presentar un carácter auto-defensivo (Vázquez y Panadero, 2007), ya que las personas pobres, al percibir que carecen de las características negativas asociadas a quienes se encuentran sin hogar, pueden apreciar menos riesgo de llegar a deslizarse hasta dicha situación.

La tendencia a atribuir la situación sin hogar a factores personales y características disposicionales de quienes se encuentran en dicha situación, y la responsabilización a las personas sin hogar de su situación, puede incidir negativamente en la percepción general sobre el colectivo y en la consideración de no ser merecedores de ayuda, dada la mayor tendencia a prestar ayuda cuando se atribuyen los problemas a causas externas a quienes los padecen (DeJong, 1980; Zucker y Weiner, 1993). De esta forma, las atribuciones sobre las causas de la pobreza pueden influir en el diseño e implementación de políticas de lucha contra la pobreza y en el apoyo que estas políticas reciben de la población general (Reutter *et al.*, 2002; Bullock *et al.*, 2003).

Sin embargo, dado que las atribuciones causales que se realizan sobre una determinada situación se encuentran vinculadas a las estrategias consideradas eficaces para hacer frente a la misma (Panadero y Vázquez, 2008, Vázquez et al., en prensa), la tendencia entre las personas en situación de exclusión social a atribuir a cuestiones personales su propia situación podría tener alguna implicación positiva, dado que esta circunstancia podría reducir la sensación de indefensión derivada de la imposibilidad de controlar las causas atribuidas a factores sociales estructurales o a la fatalidad. Así, la atribución a causas personales podría

facilitar la activación en las personas socialmente excluidas de recursos personales enfocados a superar su situación.

4. “Optimismo” frente a “fatalismo” en la superación de situaciones de pobreza extrema y exclusión social

Como se señaló con anterioridad, el “fatalismo” –la aceptación pasiva y sumisa de un destino irremediable, tras el que se encuentra la fuerza de la naturaleza o la voluntad de algún Dios (Martín-Baró, 1973)- ha sido considerado un marco fundamental en el estudio de los procesos psicológicos en el ámbito de la “cultura de la pobreza” (Martín-Baró, 1987), especialmente en contextos culturales colectivistas con bajos niveles desarrollo. Sin embargo, algunos datos obtenidos a partir de trabajos realizados en Nicaragua y España con grupos de personas en situación de pobreza y exclusión invitan a reflexionar sobre esta cuestión, ya que padecer este tipo de situaciones no parece conducir necesariamente al “fatalismo”.

Así, por ejemplo, en León (Nicaragua) el 71% de los recolectores de basura y el 85% de las mujeres en situación de pobreza víctimas de violencia de género manifestaron tener unas expectativas de futuro positivas, y ninguno de los entrevistados en estos grupos señaló encontrarse “sin esperanza” de cara al futuro (Vázquez, 2013; Vázquez, Panadero y Rivas, 2015). De similar manera, el 64% de las personas sin hogar en Madrid (España) manifestaron unas expectativas de futuro optimistas, mientras tan solo un 0,6% señaló encontrarse “sin esperanza en el futuro” (Panadero *et al.*, 2014; Panadero, Guillén y Vázquez, 2015). Como se observa, en los tres grupos existe un elevado porcentaje de personas optimistas en relación a su futuro. Además, se observa en los tres grupos que una gran parte de sus componentes manifestaba sentirse feliz, y ello pese a la situación de extrema pobreza en que vivían, la estigmatización que padecían y la enorme cantidad de sucesos vitales estresantes que habían tenido que afrontar desde edades tempranas. Así, manifestaba sentirse, en general, feliz, el 70% de los recolectores de basura en León (Nicaragua) (Vázquez, 2013), el 54% de las mujeres en situación de pobreza víctimas de violencia de género en León (Nicaragua) (Vázquez *et al.*, 2015) y el 47% de las personas sin hogar en Madrid (España) (Panadero *et al.*, 2015). En esta línea, se observa una relación directa entre el nivel de felicidad general manifestada y el optimismo en relación al futuro (Vázquez, 2013). Esta circunstancia podría mostrar la existencia de un potencial “círculo virtuoso”, en el que la sensación de felicidad general podría inducir cogniciones optimistas -dando lugar a unas mejores expectativas de futuro- a la vez que unas expectativas de futuro optimistas pudieran influir positivamente en la sensación de felicidad. Esta circunstancia, entre otras cuestiones, muestra la persistencia de unos importantes niveles de resiliencia entre las personas en situación de pobreza y exclusión,

a la vez que aporta una nota positiva en relación a su disposición a aprovechar las oportunidades que se les pueda brindar.

Por otro lado, como se recogía en el apartado anterior, se observa una tendencia entre las personas sin hogar en Madrid a atribuir su situación a circunstancias personales –en cierta medida susceptibles de poder ser controladas-, en vez de a circunstancias sociales de carácter estructural o a la mala suerte, que escaparían al control de quien se encuentra en situación de exclusión social. Este tipo de atribuciones a características personales, pese a sus potenciales consecuencias negativas, permiten percibir un potencial mayor control de la situación, lo que podría limitar la aparición de sentimientos de indefensión y “fatalismo”. Así pues, no parece claro que entre las personas en situación de pobreza y exclusión social se produzca de forma mayoritaria “una aceptación pasiva y sumisa de un destino irremediable”. Esta circunstancia puede servir como estímulo para apoyar el desarrollo de estrategias personales orientadas a superar situaciones de pobreza y exclusión social, así como para impulsar estrategias de organización colectiva que activen la movilización y la lucha por el acceso a una ciudadanía de pleno derecho.

Lamentablemente, las posibilidades de generar cambios estructurales de relevancia a través de la movilización en solitario de las personas en situación de pobreza y exclusión social resultan ínfimas, dado que en gran medida estas personas forman parte de colectivos minoritarios, socialmente excluidos y fuertemente estigmatizados. La acción política de estos actores, pese a ser importante, por si sola difícilmente tiene la posibilidad de generar efectos relevantes en las modificaciones estructurales de sus contextos sociales. Inevitablemente, es en el conjunto de la sociedad donde reside la obligación de fomentar la implementación de cambios estructurales en favor de la igualdad de derechos, el establecimiento de políticas redistributivas de recursos que discriminen positivamente a los colectivos menos favorecidos, el impulso de una igualdad de oportunidades real para acceder al bienestar y el desarrollo de una red de protección social que ampare a quienes se deslizan a situaciones de dificultad, cuestiones imprescindibles para sentar las bases de un desarrollo económico y social armónico.

La mayor parte de las personas en situación de pobreza extrema y exclusión social crecieron en el seno de familias pobres, y han sido pobres a lo largo de toda su vida. Sin embargo, el reto está en conseguir que estas personas estigmatizadas mejoren su calidad de vida, evitando que sus hijos se vean abocados al proceso de pseudoherencia de la situación de pobreza y exclusión padecida por sus padres. En este sentido, la capacidad de hacer frente a la adversidad mostrada por estas personas, y las expectativas positivas que pese a su situación mantienen de cara al futuro, son elementos que aportan una nota optimista en relación a sus

posibilidades de acceder a una mejor calidad de vida si se les facilitan los apoyos individuales y colectivos adecuados.

5. Referencias.

- Breckler, S.J. (1984) Empirical validation of affect, behavior, and cognition as distinct components of attitudes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 47, 1191-1205.
- Bullock, H.E. (1999). Attributions for Poverty: A comparison of middle-class and welfare recipient attitudes. *Journal of Applied Social Psychology*, 29, 2059–2082.
- Bullock, H.E., Williams, W. R. y Limbert, W.M. (2003). Predicting support for welfare policies: The impact of attributions and beliefs about inequality. *Journal of Poverty*, 7, 35-56
- Campbell, D., Carr, S.C. y Maclachlan, M. (2001), Attributing “Third World Poverty” in Australia and Malawi: A Case of Donor Bias?. *Journal of Applied Social Psychology*, 31, 409–430.
- Cozzarelli, C., Wilkinson, A.V. y Tagler, M.J. (2001). Attitudes toward the poor and attributions for poverty. *Journal of Social Issues*, 57, 207-227.
- DeJong, W. (1980). The stigma of obesity: The consequences of naive assumptions concerning the causes of physical deviance. *Journal of Health and Social Behavior*, 21, 75-87
- Feagin, J.R. (1972). God helps those who help themselves. *Psychology Today*, 11:101-129.
- Feather, N.T. (1974). Explanations of poverty in Australian and American samples: The person, society, or fate? *Australian Journal of Psychology*, 26 (3), 199-216.
- Furnham, A. (1982). The perception of poverty among adolescents. *Journal of Adolescence*, 5, 135-147.
- Goffman, E. (1963). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Greenwald, A. y Banaji, M. (1995). Implicit social cognition: Attitudes, self-esteem, and stereotypes. *Psychological Review*, 102 (1), 4-27.
- Hebl, M. y Dovidio, J.F. (2005). Promoting the “social” in the examination of social stigmas. *Personality and Social Psychology Review*, 9, 156-182.
- Jones, E.E. y Nisbett, R.E. (1971). The actor and the observer: Divergent perceptions of the causes of behaviour. En E.E. Jones, D.E. Kanouse, H.H. Kelley, R.E. Nisbett, S. Valins y B. Weiner (Eds.), *Attribution: Perceiving the causes of behaviour* (pp. 79-94). Morristown: General Learning Press.

- Kerbo, H.R. (2003). *Social Stratification and Inequality: Class Conflict in Historical and Global Perspective*. New York: McGraw-Hill.
- Koegel, P., Melamid, E. y Burnam, A. (1995). Childhood risk factors for homelessness among homeless adults. *American Journal of Public Health*, 85(12), 1642-1649.
- Kurzban, R. y Leary, M. (2001). Evolutionary origins of stigmatization: The functions of social exclusion. *Psychological Bulletin*, 127 (2), 187-208.
- Lenta, M.M. (2013). Niños y niñas en situación de calle: territorios, vínculos y políticas sociales. *Revista de Psicología*, 22(2), 29- 41.
- Lewis, O. (1969). The Culture of Poverty. En D. Moynihan (ed.), *On Understanding Poverty. Perspectives from the Social Sciences* (pp. 187- 199). Nueva York: Basic Books.
- Mak, W.W.S. y Cheung, R.Y.M. (2008). Affiliate stigma among caregivers of people with intellectual disability or mental illness. *Journal of Applied Research in Intellectual Disabilities*, 21(6), 532–545.
- Mallet, S., Edwards, J., Keys, D., Myers, P. y Rosenthal, D. (2003). *Disrupting Stereotypes: Young People, Drug Use and Homelessness*. The Key Centre for Women's Health in Society. Melbourne: University of Melbourne.
- Martín-Baró, I. (1973). Psicología del campesino salvadoreño. *Estudios Centroamericanos*, 297/298, 476-495.
- Martín-Baró, I. (1987). El latino indolente. Carácter ideológico del fatalismo latinoamericano. En M. Montero (Ed.), *Psicología Política Latinoamericana*. Caracas: Panado.
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la Liberación*. Madrid: Trotta.
- Mickelson, K.D. y Hazlett, E. (2014). “Why me?”: Low-Income Women's Poverty Attributions, Mental Health, and Social Class Perceptions. *Sex Roles*, 71 (9-10), 319-332.
- Moura Jr., J. F., Ximenes, V. M. y Sarriera, J. C. (2013). Práticas de discriminação às pessoas em situação de rua: histórias de vergonha, de humilhação e de violência em Fortaleza, Brasil. *Revista de Psicología*, 22(2), 18-28.
- Moya, M. y Expósito, F. (2007). Percepción de personas y sus acciones. En J.F. Morales, E. Gaviria, M.Moya e I. Cuadrado (Eds.), *Psicología Social*. Madrid: McGraw Hill.
- Muñoz, M., Vázquez, C. y Vázquez, J.J. (1998). *Atrapados en la calle. Testimonios de personas sin hogar con problemas de salud mental*. Madrid: Comunidad Autónoma de Madrid (1998).
- Muñoz, M., Vázquez, C. y Vázquez, J.J. (2003). *Los límites de la exclusión: estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*. Madrid: Témpora

- Muñoz, M., Vázquez, C. y Vázquez, J.J. (2004) A comparison between Homeless, Domiciled and Vulnerable Populations in Madrid. *Population*, 59 (1): 129-141.
- Muñoz, M., Vázquez, C., Bermejo, M. y Vázquez, J.J. (1999). Stressful life events among homeless people: Quantity, types, timing and perceived causality. *Journal of Community Psychology*, 27(1), 73-87.
- Nina, R., Ostolaza, C. y Rodríguez, F. (2013). Personas sin techo: ¿cuáles son mis derechos? Una experiencia comunitaria a través de la fotografía. *Revista de Psicología*, 22(2), 64-74.
- Nisbet, R. E. y Ross, L. (1980). *Human Inference: Strategies and Shortcomings of Social Judgment*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Panadero, S. y Vázquez, J.J. (2008). Perceived causes of poverty in developing nations: Causes of Third World Poverty Questionnaire in Spanish-speaking samples. *Social Behavior and Personality*, 36(4), 571-576.
- Panadero, S. y Vázquez, J.J. (2012). La investigación sobre las personas sin hogar y los recursos de atención al colectivo en España. Evolución, situación actual y retos futuros (pp. 87-107). En C. Zúñiga (ed.) *Psicología, sociedad y equidad: aportes y desafíos*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Panadero, S., Guillén, A.I. y Vázquez, J.J. (2015). Happiness in the street. Overall happiness among homeless people in Madrid (Spain). *American Journal of Orthopsychiatry*, 85(4), 324-330.
- Panadero, S., Vázquez, J.J., Guillén, A., Martín, R. y Cabrera, H. (2013). Diferencias en felicidad general entre las personas sin hogar en Madrid (España). *Revista de Psicología*, 22 (2), 53-63.
- Panadero, S., Vázquez, J.J. y Rincón, P. (2006). Diferencias transculturales y vivencia de sucesos estresantes entre estudiantes latinoamericanos y españoles. *Boletín de Psicología*, 86, 27-51.
- Pellegrini, R.H., Queirolo, S.S., Monarrez, V.E. y Valenzuela, D.M. (1997). Political identification and perception of homelessness: Attributed causality and attitudes on public policy. *Psychological Reports*, 80, 1139-1148.
- Reutter, L.I., Harrison, M.J., y Neufeld, A. (2002). Public support for poverty-related policies. *Canadian Journal of Public Health*, 93(4), 297-302.
- Shelton, N. y Richeson, J. (2005). Intergroup contact and pluralistic ignorance. *Journal of Personality and Social Psychology*, 88 (1), 91-107.
- Stein, J.A., Leslie, M.B. y Nyamathi, A. (2002). Relative contributions of parent substance use and childhood maltreatment to chronic homelessness, depression, and substance

- abuse problems among homeless women: Mediating roles of self-esteem and abuse in adulthood. *Child abuse and neglect*, 26, 1011-1027.
- Vázquez, J.J. (2003). *Los recursos básicos de atención a las personas sin hogar en Madrid desde la perspectiva de los usuarios*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- Vázquez, J.J. (2012). Estereotipos de Género. En E. Carmona (Coord.) *Diversidad de Género e Igualdad de Derechos: manual para una asignatura interdisciplinar*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Vázquez, J.J. (2013). Happiness among the garbage. Differences in overall happiness among trash pickers in León (Nicaragua). *Journal of Positive Psychology*, 8(1), 1-11.
- Vázquez, J.J. (en prensa). The stigma of making a living from garbage. Meta-stereotypes of trash pickers in León (Nicaragua). *Scandinavian Journal of Psychology*.
- Vázquez, J.J. y Panadero, S. (2007). Ideología, acción política y atribuciones causales de la pobreza en los estados menos desarrollados. *Psicología Política*, 35, 33-51.
- Vázquez, J.J. y Panadero, S. (2009a). Pobreza en los estados menos desarrollados: análisis de diferencias atribucionales entre universitarios centroamericanos. *Interamerican Journal of Psychology*, 43(2), 297-308.
- Vázquez, J.J. y Panadero, S. (2009b). Atribuciones causales de la pobreza en los países menos desarrollados. *Revista Perfiles Latinoamericanos*, 34, 125-139.
- Vázquez, J.J. y Panadero, S. (en prensa). Chronicity and pseudoinheritance of social exclusion. Differences according to the poverty of the family of origin among trash pickers in León (Nicaragua). *Human Rights Quarterly*.
- Vázquez, J.J., Panadero, S. y Martín, R.M. (2012). *Vivir de la basura en Nicaragua. Análisis de la situación y necesidades de los recolectores en el basurero de León*. Madrid: Editorial Académica Española.
- Vázquez, J.J., Panadero, S., Berrios, A. y Martín, R.M. (2012). *Miradas desde la dignidad. Estudio sobre la situación, comportamientos y actitudes de las personas que se sustentan de la basura en León, Nicaragua* (193 pp.). León: Editorial Universitaria de la UNAN-León.
- Vázquez, J.J., Panadero, S. y Zúñiga, C. (en prensa). Actors, observers and causal attributions of homelessness. Differences in attribution for the causes of homelessness among domiciled and homeless people in Madrid (Spain). *American Journal of Orthopsychiatry*
- Vázquez, J.J., Higuera, M. y Cuadra, A. (2009). Evaluación psicopedagógica a niños en situación de fuerte exclusión social en Nicaragua. *Pulso. Revista de Educación*, 32, 55-73.

- Vázquez, J.J., Panadero, S. y Martín, R.M. (2015). Regional and national differences in stressful life events: The role of cultural factors, economic development, and gender. *American Journal of Orthopsychiatry*, 85(4), 392-396.
- Vázquez, J.J., Panadero, S. y Pascual, I. (2010). Developing the “Causes of Poverty in Developing Countries Questionnaire (CPCDQ)” in a spanish-speaking population. *Social Behavior and Personality*, 38 (9), 1167-1172.
- Vázquez, J.J., Panadero, S. y Rivas, E. (2015). Happiness among poor women victims of intimate partner violence in Nicaragua. *Social Work in Public Health*, 30(1), 18-29.
- Vázquez, J.J., Panadero, S., Berrios, A. y Martín, R. (2012). Vivir de la basura en Nicaragua: características y situación de las personas pepenadoras en León. *Revista de Ciencias Sociales*, 25, 144-161.
- Vázquez, J.J., Panadero, S., y Rincón, P. (2007). Stressful life events in countries of differing economic development: Nicaragua, Chile, and Spain. *Psychological Reports*, 101, 193-201.
- Vázquez, J.J., Panadero, S., y Rincón, P. (2010). Stressful life events and suicidal behaviour in countries with different development levels: Nicaragua, El Salvador, Chile and Spain. *Journal of Community and Applied Social Psychology*, 20 (4), 288-298.
- Vázquez, J.J., Panadero, S., y Rincón, P.P. (2008). Implicación de las actitudes y desesperanza en la participación electoral de estudiantes españoles y latinoamericanos. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 40(3), 551-564. Índice de impacto –JCR- año 2008: 0,435
- Vorauer, J.D., Main, K.J., y O’Connell, G.B. (1998). How do individuals expect to be viewed by members of lower status groups? Content and implications of meta-stereotypes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75, 917-937.
- Weiner, B. (1986). *An Attributional Theory of Achievement Motivation and Emotion*. Nueva York: Springer-Verlag.
- Whitfield, C.L. (1998). Internal evidence and corroboration of traumatic memories of child sexual abuse with addictive disorders. *Sexual Addiction and Compulsivity*, 5, 269-292.
- Zanna, M.P. y Rempel, J.K. (1988). Attitudes: A new look at an old concept. En D. Bar-Tal y A.W. Kruglanski (Eds.), *The social psychology of knowledge* (pp. 315-334). Cambridge: Cambridge University Press.
- Zucker, G.S., y Weiner, B. (1993). Conservatism and perceptions of poverty: An attributional analysis. *Journal of Applied Social Psychology*, 23(12), 925–943.